

la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

El gobierno uruguayo ha roto relaciones diplomáticas con el de Cuba. Me parece muy bien. Creo que a todo el mundo le parece que nuestro gobierno carecía de alternativa válida al respecto, y lo digo porque, cada vez que oí y vi en TV a algún líder de la izquierda tomar posición contra la medida, su falta de convicción me pareció más patente que ninguna otra de que guardo memoria. Supongo que lo que realmente piensan es que el gobierno uruguayo estuvo desconsiderado en presentar él mismo la moción de censura al gobierno cubano, sabiendo que iba a atraer los odios de Castro, y los iba a poner en el aprieto de defender lo indefendible.

En lo que me concierne, me siento muy orgulloso de que el gobierno de Uruguay haya asumido un papel protagonista en la condena a la tiranía cubana, sencillamen-



Su imagen de joven adalid de un ideal dejó lugar a la de un viejo egoísta que, para satisfacer su megalomanía, sacrificó a generaciones de cubanos

Ruptura con Fidel

te porque la condena es justa, y no se necesita más. Si hubo o no hubo motivaciones ajenas al asunto en sí, como podría ser mejorar su posición para lograr una alianza comercial con EEUU, me tiene sin cuidado. Si nuestro gobierno hubiese mantenido una actitud prescindente en la materia me habría parecido mal, cualesquiera hubiesen sido sus razones para adoptarla. Para juzgar la conducta de un gobierno lo importante es concentrarse en lo que hizo, no en por qué lo hizo.

Lo único que me perturbó en la moción uruguaya fue el esfuerzo que implicó para diluir la fuerza de la sanción con algunos elogios parciales al régimen totalitario que oprime a Cuba. Si se trata de emitir un juicio sobre Mussolini, por su abierta violación de los derechos individuales, o por haberle dado una puñalada por la espalda a Francia en la hora más trágica, o por haberse complicado en la política an-

tisemita de Hitler, pienso que a nadie en su sano juicio se le ocurriría hacer constar que el Duce había logrado que los trenes en Italia llegasen puntualmente. Pero imagino que, en un documento diplomático, respecto del cual hay que negociar cada voto, esas concesiones son inevitables.

Y sobre la ruptura de relaciones en sí misma, me parece que con esto basta. Lo que quiero comentar centralmente es la reacción indignada de Fidel contra los que votan su censura, como Fox, o, más aún, contra los que presentan la moción, como Batlle. No acierto a imaginarme qué es lo que pasa al respecto en su cabeza. Es como si Hitler se indignase al oír que alguien le acusaba de perseguir a los judíos. Fidel no deja salir de Cuba a nadie sin su permiso. Para mí, dejando de lado los genocidios que ensangrentaron las manos de Hitler, Stalin y Pol Pot, ese cierre de fronteras, ese cercenamiento de la libertad de movi-

miento, me parece la conducta más perversa y despreciable en que un gobernante puede incurrir.

Y Fidel, ¿qué puede alegar al respecto? Ciertamente no que la acusación es falsa. No sólo es verdadera, sino también notoria. Las tentativas de huida de la isla son un hecho cotidiano, cuyas truculentas estadísticas —a través de las décadas aproximadamente un tercio de los balseros perece en el intento, o sea que es aproximadamente el doble de seguro jugar a la ruleta rusa que tratar de cruzar el estrecho de la Florida en una balsa—. Pero aún los que no tienen presente esa información recuerdan el caso de Elián González: la trágica muerte de su madre, que arriesgó la vida propia y la de su hijo en una balsa, a fin de escapar ambos de una de las servidumbres más tristes y degradantes que conoce la historia. Y recuerdan los esfuerzos denodados de Fidel para impedir que ni siquiera la vida de la madre fuese precio sufi-

ciente para la manumisión del hijo milagrosamente salvado. Y recuerdan de paso la ceguera y cobardía de los tribunales estadounidenses que buscaron su propia tranquilidad aplicando en forma letrista una norma que no podía tener aplicación al caso límite de que se trataba.

Todos, absolutamente todos, sabemos que Cuba es un estado totalitario, donde los guardias fronterizos apuntan hacia adentro y el dictador es el dueño de la verdad. Donde toda disidencia significa, en el mejor de los casos, persecución, frecuentemente prisión, quizá desaparición —nunca se encontraron rastros de Camilo Cienfuegos— donde hay un solo diario y un solo partido, donde toda publicación está sujeta a la censura previa estatal. ¿Cómo Fidel no se da cuenta de que la defensa de su comportamiento en materia de derechos humanos es estrictamente indefendible? ¿Cómo no acepta que su capacidad de inti-

midar a los otros gobernantes no alcanza para evitarle condenas, aparte de descender incesantemente a medida que su imagen de joven adalid de un ideal va dejando su lugar a la de un viejo egoísta que, para satisfacer su megalomanía, ha sacrificado una generación tras otra de cubanos?

Todavía, ¿cómo no entiende que la protección contra la censura mundial sólo puede buscarla bajo el paraguas de la revolución? Sí, pisotea los derechos humanos; pero es para convertir a su país en un paraíso: eso es lo único que puede argumentar. Desde fines del siglo XVIII, la aventura francesa en el terreno de la utopía ha conferido al hecho de la revolución un carácter sagrado, que la razón tiene dificultad en desenmascarar. Presten atención al siguiente pasaje de Benedetto: "La revolución acusa, pero no calumnia; la revolución puede incluso llegar a ejecutar, pero nunca a torturar; la revolución pone tremendo énfasis en verdades, pero no miente..." (Cuadernos de Marcha, N° 49, 1971). Noten que en ese fragmento la palabra "revolución" ha dejado de representar una categoría de fenómenos socio-políticos, para convertirse en un ente que trasciende la experiencia humana, cuya esencia es susceptible de ser conocida a través de una unión mística. Max Weber, el célebre sociólogo alemán, simpatizante socialista, investiga las revoluciones de la historia y encuentra que en ellas los revolucionarios suelen reclamar para sí recompensas psíquicas, aparte de materiales, consistentes en "la satisfacción de sus odios, de sus venganzas, de su resentimiento sobre todo, ... por conseguir satisfacer su necesidad de difamar al adversario..." etc. La atracción del utopismo, sin embargo, no ha cesado de respaldar la visión de Benedetto. Es cierto que, tras la caída del muro de Berlín, el tal paraguas presenta numerosos orificios, pero —Fidel no debería dejar de reconocerlo— deteriorado y todo es mejor que nada.

Un novelista uruguayo escribía en 1968 a propósito de los fusilamientos ordenados por Fidel en Cuba: "¿Qué ... podía significar el destino de quinientos hombres si lo que se echaba a andar era una revolución, y en el vientre de una revolución crece, más allá de la muerte, una semilla de felicidad?" (Carlos Martínez Moreno, "El Paredón"). Si todavía queda gente que piense así el paraguas de marras podría aún servirle. No será tan eficaz como hace 34 años, pero —¿qué más remedio!— es lo único que le queda.